

un alivio. Mírala el Padre divino como compañera del Hijo en la obra del humano rescate: y, si este satisfizo dignamente en la intensidad de las penas y dignidad de su persona; quiere que ella satisfaga, cuanto cabe en simple criatura, en la duracion de los padecimientos. Mírala el Hijo amantísimo; y, por mas que desee hacerla partícipe de sus goces, lo difiere para que vaya ella cumpliendo en sí misma lo que faltara á su pasion. Adora María los decretos del Padre para llenar los deseos del Hijo y granjearse el título de Corredentora, que le es muy grato por sernos ventajoso á nosotros.

14. Y nosotros, que somos los redimidos, ¿contemplaremos fria é insensiblemente como esta Madre nos pare á la gracia no solo entre las breves congojas de la cruz, sino en las que tanto tiempo duran cuanto su larga y penosa vida? ¿Le negaremos alguna lágrima de compasion en este dia consagrado á la memoria de sus dolores, cuando la razon exige que, habiendo ella padecido siempre por nosotros, tambien nosotros nos aflijamos con ella detestando nuestras culpas? ¡Ah! quien no se une al Redentor y á la Corredentora por medio de los sufrimientos, ¡bien á las claras manifiesta que poco ó nada se cura de su salvacion antes perdida y despues recobrada! Aleje de nosotros tan funesta señal de perdicion el mérito singular de esta Virgen solitaria. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE

LA SOLEDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Posuit me desolatam, tota die mœrore con-
fectam. (Thren. 1, 13).

Me puso desolada, consumida de tristeza
todo el dia.

1. ¡Qué espectáculo tan funesto..., qué objetos tan melancólicos...! ¡Ay! si yo pudiera llevaros conmigo... al Calvario...! ¡Qué horror!... Á la escasa luz que permitirian las tinieblas..., veríamos tres hombres clavados en tres cruces: los dos facinerosos, y en medio de ellos... el Hijo del eterno Padre, Jesús Nazareno...

2. Aun mas, veríamos á la Madre de Dios y de los hombres en la mas amarga soledad: *Posuit me desolatam*, etc. Pero, cielos, ¿qué es esto? Las piedras se rompen, los..., y el hombre no se... ¡Oh insensibilidad...! Si en Vos, ó María, cupiera indignacion, podríais..., pero: *Recordare quod steterim in*, etc. No puedo persuadirme...

3. María quedó sola al morir su santísimo Hijo, al tenerlo en los brazos, al depositarlo en el sepulcro... Quiera el cielo que yo pondere esta triplicada soledad de manera que todos aborrezcamos el pecado que fue la causa...

Primera parte: María quedó sola sin el alma de su Hijo al morir este en la cruz.

4. Descripcion de la desolada Jerusalem por Jeremías: *Quomodo sedet sola civitas*, etc. — *Plorans ploravit*, etc.

5. Místicamente María es la ciudad santa de Jerusalem... Pueden, pues, aplicársele dichas lamentaciones: *Quomodo*, etc. *Plorans*...

6. Paréceme, ó dulcísima Madre, que sabiendo ya de antemano .., esto debía disminuir vuestra pena... Mas ¡ay! *Insipienter locutus sum*, etc. Esta misma ciencia hizo que María viviese treinta y tres años crucificada... Pero la agradable presencia de su Hijo en-

dulzaba sus penas, mitigaba... Mas, al acercarse á su ocaso aquel divino Sol..., sintió ella la pérdida de su alegría, de... *Et egressus est à filia Sion*, etc.

7. Imaginad, suponed una madre la mas tierna y compasiva... Considerad el gusto...: pensad el gozo...: reflexionad la alegría con que contempla á su único hijo... Suponed tambien que una inhumana fiera se lo arrebatara... ¿Quién hallaria términos con que aliviarla en su soledad...? *Cui exequabo te, et consolabor te*, etc.?

8. Todo en el Calvario hacia una carnicería lastimosa en el afligido corazón de María, pero aun vivia su Hijo, y esto le bastaba: *Sufficit mihi si adhuc Filius meus vivit*... Pero ¡ay Señora!... Oid, escuchad á vuestro Hijo: *Mulier, ecce*, etc. Hijo mio, le diria María, ¿vais, pues, ya á abandonarme?... Padre eterno, ¿quereis tambien...? Espíritu Santo, ¿me abandonaréis tambien...? Pero ¡ay! que mi Hijo *inclinato capite*, etc. ¿Es posible que yo viva quedando sola sin el alma de mi amado?... ¡Ay de mí! murió mi Hijo...

9. Así se lamentaria María... Y ¿habrá aquí quien pretenda aumentar sus penas volviendo á dar muerte á su Hijo?... ¡Ah! pluguiera al cielo que...

Segunda parte: María quedó sola sin el cuerpo de su Hijo al quitársele del seno de los brazos.

10. Símil... muerte desastrosa del rey Achis... *Heu me, fili mi!* exclamó su madre, *Nimia bonitas tua*, etc.

11. Lo mismo diria María al ver en sus brazos el difunto cuerpo de Jesús... ¡Oh ingratos hombres! mostrad en qué os ha ofendido... ¡oh Padre eterno! Mirad... Ved á vuestro Hijo... *Vide utrum*, etc. ¡Ah! Hijo mio, ¡y cuán diferente te he visto yo en mis brazos! Allá en Belén... ¿Es posible que estas manos...! ¿Qué se hizo aquella belleza...? *Fera pessima*, etc.

12. Si hay aquí quien con sus reincidencias quiera crucificar de nuevo á Jesús, arránquelo de los brazos de su Madre... Jóvenes libertinos... Hombres carnales é impuros... Hombres envidiosos y vengativos, llegad... Llegad, soberbios, iracundos... ¡Ah! los judíos *percutientes pectora sua*, etc., pero vosotros... *Rursum crucifigentes*, etc. Entrad en vosotros mismos, reflexionad... Si de este modo arreglais vuestras costumbres, Dios... Mas, ¡ay de vosotros! sí... Y vosotras, almas virtuosas, venid, ofrezcamos todos á María algun obsequio. Ofrezcámosle...

Tercera parte: María quedó sola sin el alma y cuerpo de su Hijo al depositarlo en el sepulcro.

13. *Sicut fuit Jonas in ventre ceti*, etc. No lo ignoraba María, y por esto entregó... Ved como lo conducen al sepulcro... Lo que hizo María, segun san Bernardo, colocado ya... Lo que le dirian á ella José, Nicodemus, san Juan, etc. ¡Oh! con cuántas ansias deseaba la Virgen ser enterrada con su Jesús!... ¡Cuánto hubiera deseado servir ella misma de sepulcro...! Pero ya que no lo consiguió, *in tumulto sepelivit amores suos*, dicen san Fulgencio y san Jerónimo.

14. Quedó, por fin, enterrado el cuerpo del Salvador... Levantó entonces la Virgen mas alto los suspiros..., abrazaba la piedra que cerraba el..., y en ella, segun san Bernardo, están impresas las señales de sus lágrimas: *Ejus lacryma*, etc.

15. ¡Oh afligidísima Señora! esta fue vuestra última soledad y la mayor pena... ¿En qué os ocupábais al veros sola en vuestra casa?... Aquí, diria la Virgen, está el aposento en que... Aquí pedia por... Aquí meditaba...

16. Este otro aposento, continuaria María, es donde... Esta es la tarima...: esta la mesa... Ahora mis ojos ya no le descubren... Lleno su espíritu de tristes imágenes... recorría con la imaginacion... Repasaba en su entendimiento... Sola quedó cuando espiró su Hijo... Sola cuando le soltó de sus brazos...; pero ahora en esta tercera y última soledad... *Modò ludibria*, dice san Bernardo, *modò crucis*..., etc. María, en fin, quedó en la mas triste, profunda y universal soledad... *Posuit me desolatam*, etc.

17. Este asunto excede la capacidad humana. Se trata de un Dios-Hombre que padece..., y de una Virgen-Madre que se compadece y siente de un modo... ¡Cuán feliz seria yo si pudiese llegar á los piés de la Virgen con la conquista de algunas almas...! ¡Qué afortunados seriais vosotros si...! Recibid, ó dulce Madre mia, todas esas almas... Defendedlas..., asistidlas..., acompañadlas en..., y...

SERMON II

SOBRE

LA SOLEDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Posuit me desolatam, tota die mærore confectam. (Thren. 1, 13).

Me puso desolada, consumida de tristeza todo el día.

1. ¡Qué espectáculo tan funesto el que se presenta á nuestra vista en este templo! ¡qué objetos tan melancólicos registra nuestra consideracion en todo el orbe! La santa Iglesia omite sus alegres cánticos, y sustituye en su lugar tristísimas lamentaciones: cubre sus altares de luto y oculta sus mas preciosos adornos: apaga sus brillantes luces, y todo queda en silencio y en tinieblas. El mundo parece va á dar los últimos suspiros: el sol murió al mediodía, y está como amortajado en un saco ceniciento ó de cilicio: la luna perdió su luz, cambiando su argentada claridad en negro luto que viste todo el cielo: la tierra tiembla, los sepulcros se abren, las piedras se parten, los muertos resucitan, el velo del templo se rasga, y todo nos manifiesta que perece el mundo, ó que el Dios de la naturaleza padece. ¿Qué es esto, cristianos míos? ¡Ay! si yo pudiera llevaros conmigo, y con un rápido vuelo haceros presente aquel día, aquella hora que conoció el mundo, ni conocerá otra mayor para su remedio: aquel día que mas que otro alguno empeña nuestra consideracion para compadecernos: aquel día, aquel monte, aquella tarde del Viernes Santo: aquel Calvario, aquella Jerusalem, aquel cadalso en que se daba afrentosa muerte á los malhechores; ¿qué veríamos? ¿qué oiríamos? ¡Ay, qué horror! ¿qué espanto! ¿qué estremecimiento! Á la escasa luz que permitirían las tinieblas que inundaban toda la tierra: al corto espacio que á la quieta consideracion darian la turbacion de los hombres, el espanto de los demonios y la admiracion de los Ángeles, veríamos tres hombres lastimosamente afrentados y clavados en tres cruces: los dos facinerosos, y en medio de ellos, ya difunto á violencias de la crueldad y la injus-

ticia, al que es la suma inocencia: al autor de la vida, al triunfador de la muerte, al Mesías prometido en la ley y en los Profetas, al Hijo del eterno Padre: á Jesús Nazareno, rey de los judíos, que es todo lo escrito que se lee sobre su sacratísima cabeza, y toda la causa que ha hallado la envidia para que muera.

2. Veríamos aun mas, amados míos: veríamos al pié de la cruz en que pendia Jesucristo, constante y conforme con los decretos divinos, á su amable Madre: á la Madre de Dios, que le dió el ser de hombre: á la Madre de los hombres, á quienes recibió por hijos de su adopcion; á la Reina de los Ángeles, á quien sirven, obedecen y adoran; veríamos, en fin, á María santísima, emperatriz del cielo y de la tierra, en la mas amarga soledad: *Posuit me desolatam, tota die mærore confectam.* Solo veríamos á la Señora de todas las naciones, á la llena de todas las gracias, á la bendita entre todas las mujeres, á la mas pura de todas las vírgenes. Veríamos... Pero cielos, ¿qué es esto? Sabemos que Dios ha muerto, y que su Madre ha quedado en la mas dolorosa soledad, y ¿vivimos sobre la tierra? Las piedras se rompen, los monumentos se abren, la tierra con espantosos sacudimientos se estremece, el cielo se enluta, el sol se eclipsa, la luna se oscurece, y aun las criaturas insensibles por su naturaleza hacen sentimiento en la muerte de su Criador y en la soledad de su Madre; ¿y el hombre no se avergonzará de llamarse sensitivo y racional, cuando sabiendo que Dios muere y que padece la muerte por darle á él la vida, no forma sentimiento, ni el corazon se le oprime con el dolor y el llanto? ¡Oh grande insensibilidad de los miserables hijos de Adan, digna de llorarse con lágrimas de sangre! ¿Cómo podremos tratar dignamente de vuestra amarga soledad, ó dulcísima Madre nuestra, cuando nosotros aumentamos vuestro tormento con nuestra torpe ingratitud? Si en Vos cupiera indignacion, podríais tenerla muy grande con las tristes almas de los pecadores que aumentan vuestras penas cuando multiplican sus culpas; pero acordaos, Señora, que como ministro de vuestro santísimo Hijo vengo á vuestra presencia para interceder por ellos: *Recordare quod steterim in conspectu tuo, ut loquerer pro eis bonum.* No puedo persuadirme á que faltén en mi auditorio almas justas que tiernamente os amen, que os veneren y acompañen con la mas viva fe y fervorosa devocion en vuestra triste soledad. Merezcan, Señora, los fieles corazones de los justos que se temple la indignacion de vuestro Hijo para con los pecadores: *Ut averteret indignationem suam ab eis.*

3. Y á fin de que los justos perseveren en la gracia, y los pecadores salgan del estado lastimoso de la culpa, derramad en mis labios un rio de dulzura y suavidad para que debidamente les proponga cómo quedásteis sola al morir vuestro santísimo Hijo: sola cuando le tuvisteis en los brazos, y sola cuando le depositásteis en el sepulcro. Sola sin el alma, sola sin el cuerpo, y sola sin el alma y cuerpo de vuestro muy amado Hijo Jesús. Esta triplicada soledad es la que os afflige: esta es la que os martiriza y atormenta: esta es la que os compele á exclamar: *Posuit me desolatam, tota die mærore confectam.* ¡Oh, quiera el cielo que yo hable de tal manera que todos aborrezcamos el pecado, que fue la causa de vuestra soledad y de la muerte de vuestro amado! Sencillo es el pensamiento, y tan óbvio y natural, que él mismo se presenta á la menor consideracion que se haga de tan venerable misterio; pero esta misma naturaleza debe hacérnosle mas apreciable. Saludemos á la Virgen rezándola devotamente una *Ave María*.

Primera parte: María quedó sola sin el alma de su Hijo al morir este en la cruz.

4. El santo profeta Jeremías, hijo de Helcias, oriundo de Anatot en la tribu de Benjamin: aquel hombre singular y extraordinario que fue santificado en el vientre de su madre, y hecho profeta antes de nacido, perpétuamente vírgen, y perpétuamente justo y santo: aquel hombre poderoso en obras y palabras que reunia en su persona el carácter de sacerdote, doctor, profeta, [apóstol enviado por Dios á su pueblo israelítico, é ilustre mártir del Señor Dios de los ejércitos, por su fe y su esperanza de la venida del Mesías, y su caridad y celo por la salvacion de sus prójimos: el santo profeta Jeremías, vuelvo á decir, lleno de admiracion y pasmo al mirar el triste estado de Jerusalem, exclamaba considerándola como á una mujer alligida y sumamente dolorosa: *Quomodo sedet sola civitas, plena populo? Facta est quasi vidua domina gentium; princeps provinciarum facta est sub tributo.* ¿Es posible, decia, que la ínclita y magnífica ciudad de Jerusalem, el emporio de la Siria, el paraíso del Asia, el jardín del Oriente, la reina del mundo, las delicias de los hombres, la visitada por los Ángeles, el trono de Dios, el taller de la religion, la lámpara de la fe, la cuna de la Iglesia, se vea hoy sola, desamparada y envilecida? ¿Es posible que en este dia lloremos como una triste viuda, sin su rey Sedecías ya cautivo, sin su

pontífice Sarafa muerto por los caldeos, sin sus príncipes y magistrados, presos, desterrados, cautivos ó muertos? Que la lloremos como una ciudad desierta, sin los gentiles comerciantes que la frecuentaban por sus temporales intereses, y sin los judíos religiosos que concurrían en tropas á la celebracion de sus Pascuas y solemnidades? ¿Es posible, continúa diciendo el santo Profeta, que la princesa de las provincias, la que en tiempo de los jueces sábios, de los Macabeos valerosos y de los monarcas insignes, como David y Salomon, dominaba como reina los Estados de los filisteos, los moabitas, los sirios, los amonitas, los idumeos, y otras naciones, se mire hoy sierva de los bárbaros caldeos, y les pague un duro tributo? ¿Es posible que la que se adornaba con un vestido de gloria por los ilustres triunfos de sus hijos, hoy se vea cubierta de luto, llorando amargamente dia y noche, sin hallar quien la consuele entre todos sus amigos? *Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus.*

5. Estas tristísimas lamentaciones del santo profeta Jeremías que hemos repetido en estos dias conforme al espíritu de nuestra santa madre la Iglesia para considerar los venerables misterios de nuestra redencion que en ellos se nos representan, podemos acomodarlas y aplicarlas con la mayor naturalidad á María santísima Señora nuestra en su amarguísima soledad. Esta preciosísima Señora es místicamente la ciudad santa de Jerusalem, vestida del sol, calzada de la luna, coronada de estrellas, temida de los demonios, venerada de los hombres, servida de los Ángeles, y Madre verdadera de nuestro Dios: es la mas pura de todas las vírgenes, la mas fecunda de todas las madres, la llena de todas las gracias, el modelo de todas las virtudes, y la Reina de todas las criaturas; y sin embargo, podemos preguntar con Jeremías: *Quomodo sedet sola civitas plena populo? Facta est quasi vidua domina gentium.* ¿Cómo una ciudad tan magníficamente gloriosa por la virtud del Omnipotente se halla hoy tan sola? ¿se halla dolorosa? ¿se mira anegada en lágrimas inconsolables? ¡Ay, amado pueblo mio! la pasion de su Hijo, de aquel su amado y único Hijo, la ha dejado como viuda sin hallar consuelo entre sus caros amigos. Los discípulos de su Hijo están dispersos, tímidos y cobardes: los enemigos de su Hijo tratan de abreviarle tumultuosamente la vida, y se preparan á bajar del Calvario llenos de confusion y asombro luego que consuman el formidable deicidio: el cielo se enluta, el infierno se confunde, la tierra tiembla; y ¿no quereis que llore la mas amable Madre la falta de un

Hijo el mas amado? De un Hijo que era un Hombre-Dios? De un Hijo que era su Criador, su Redentor, su único y sumo bien? *Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus.*

6. Pero, Señora, permitidme una palabra. Ya que no hallais consuelo en las criaturas, buscadle en vuestra ciencia: buscadle en vuestros propios conocimientos, y hallaréis acaso algun alivio, pues tantos años antes estábais cerciorada de cuanto habia de padecer vuestro amantísimo Hijo. Nada ignorábais, todo lo sabíais, y no hubo momento, desde la encarnación del divino Verbo en vuestras purísimas entrañas, en que pudiese haber olvido de cuanto le habia de suceder. Parece, dulcísima Madre mía, que unas noticias tan ciertas, unos pensamientos tan claros, y unos conocimientos tan universales podrían disminuir vuestra pena, y acompañaros en vuestra amarga soledad. Pero ¡ay! no sé lo que me he dicho. Perdonad mi insipiente y necedad. Yo mismo la condeno, y me reprendo, como en otra ocasión decia el santo Job: *Ideo insipienter locutus sum, et quæ ultra modum excederent scientiam meam... Idcirco ipse me reprehendo, et ago penitentiam in favilla, et cinere*¹. Ahora conozco que esta divina y universal ciencia de que os habia dotado el Altísimo entre otras innumerables gracias, era como una espada agudísima que traspasaba vuestro amable corazón todos los instantes de vuestra vida. Efectivamente, amado pueblo mio, desde el feliz momento que encarnó en sus entrañas el Unigénito del eterno Padre, con esta ciencia miraba las divinas Escrituras, meditaba sus cláusulas, descifraba sus misterios, y comprendia con la mas amarga pena cuantos fúnebres oráculos hablaban de la pasión y muerte de su Hijo amado. Treinta y tres años vivió crucificada la Madre en los tormentos y en la cruz en que habia de padecer su Hijo. Siempre la parecia estar resonando en sus oídos aquellas tristísimas profecías de Isaías: *A planta pedis usque ad verticem capitis non est in eo sanitas: no hay parte alguna en su cuerpo desde los pies á la cabeza que esté sana y sin dolor. Jamás dejaba de oír al mismo santo Profeta, que la decia: Non est species ei neque decor: perderá su hermosura, se parecerá á un leproso, á un gusanillo humilde á quien todos pisan y maltratan: nunca se cicatrizaban en su corazón las penetrantes heridas que en él hacian estas palabras: Propter scelus populi mei percussi eum*². Le castigué, le prendí, le azoté y le crucifiqué por el pecado de mi pueblo. Estos y otros divinos oráculos traspasaban el

¹ Job, XLII, 3, 6. — ² Isai. I, 6; LIII, 2, et in aliis capit.

corazón y el alma de nuestra dulcísima Reina con la mas sensible pena; pero la agradable presencia de su Hijo, y el poner los ojos en su bellissimo semblante, endulzaba sus penas, mitigaba sus ansias y minoraba sus tormentos. Todo dolor se templaba cuando la inocente Madre miraba á aquella grande alma en su compañía: á aquella alma servida de los Ángeles, adorada de los Serafines y reverenciada de todos los cortesanos del cielo: á aquella alma que, unida con su cuerpo á la persona del Verbo, era un solo divino supuesto que dignificaba á su Madre con la incomparable gloria de ser Madre del mismo Dios. Pero al acercarse á su ocaso aquel divino Sol de justicia quedó el corazón de su Madre cubierto de las mas negras sombras y de las tristezas mas profundas. Al llegarse aquel momento en que la dichosísima alma de Jesús, que era todas las delicias de María, habia de separarse de su cuerpo y de la presencia de su Madre, dejándola en su primera soledad, sintió de un golpe esta Señora la pérdida de su alegría, de su gozo, de su descanso, de su felicidad y de su gloria: *Et egressus est à filia Sion omnis decor ejus*¹.

7. Imaginad, oyentes míos, para que podais de algun modo comprenderlo; suponed una madre la mas tierna y compasiva: una madre hermosa, prudente, sabia, llena de gracia y santidad, que ama con el cariño mas tierno á su unigénito hijo adornado de las prendas mas relevantes y apreciables: considerad el gusto con que mira á su hijo ocuparse en sanar enfermos, dar vista á los ciegos, piés á los cojos, movimiento á los tullidos, habla á los mudos, y vida á los muertos: pensad el gozo con que le veia mandar á los vientos, serenar los borrascosos mares, ahuyentar á los demonios, y encaminar con obras y palabras á los hombres por las sendas de la gloria: reflexionad la alegría con que considera como las gentes, atraídas de la santidad y prodigiosas obras de aquel bello jóven, le siguen, le oyen, le obedecen, le aman y le adoran. ¡Qué complacencias para su madre! ¡qué gozos! ¡qué placeres tan puros! Pero suponed tambien que á su presencia, y en el dia mas solemne y de mayor concurso, se le acerca una inhumana fiera, y arrebatando llena de saña al hermoso jóven, le arrastra, le maltrata y al fin le da cruelsima muerte entre sus garras. ¿Qué os parece, cristianos? ¿Habria corazón en la madre para ver morir á su hijo, y quedar ella con vida? ¿Podria sin morir presenciar una desgracia tan sensible? ¿Quién hallaria términos, quién encontraria expresiones para

¹ Thren. I, 6.

darla algun alivio en la soledad en que la dejaba la desgraciada muerte de su hijo? *Cui exæquabo te, et consolabor te, virgo filia Sion* ¹? *Quis medebitur tui?*

8. Volved, pues, amados míos, la vista á aquellos santos altares, y veréis el original de cuanto acabo de insinuaros: mirad la mejor Madre, atended el mejor Hijo, considerad la fiera Sinagoga como le prende, como le maltrata, como le azota, como le corona de espinas, como le burla, escarnece y blasfema, y como al fin le crucifica. ¡Oh gran Dios, y qué tormento tan terrible! Sin embargo, la fe nos enseña que estaba la gran Reina firme, constante y en pié cerca de la cruz en que aun vivía su corazón, porque aun vivía Jesús, y no había llegado su Madre á lo sumo de la pena en su primera soledad. Es cierto que verle sediento y precisado juntamente á morir de sed, ó refrigerar sus abrasados labios con hiel y vinagre, no dejaba de abrirla en el espíritu una llaga muy profunda. Oírle como se queja á su eterno Padre por su desamparo misterioso, era una herida que sin sacar sangre la traspasaba el corazón: mirarle por tres horas puesto en una penosísima agonía, era probar su Virgen-Madre todos los rigores de la muerte: observar atentamente cómo se iban ennegreciendo las carnes, cómo se retiraban los ojos hácia el cerebro, cómo se le levantaba el pecho, cómo se iba inclinando su cabeza, cómo todo el cuerpo sostenido de los agudos clavos se iba descoyuntando con su natural peso, cómo por momentos iba apretando sus cordeles el dolor cruel, acercándole con pasos lentos y por lo mismo mas penosos, á la muerte; todo esto, es verdad, hacia una carnicería lastimosa en el afligido corazón de la dulce Madre; pero aun vivía su Hijo: *Sufficit mihi, si adhuc Filius meus vivit*, podía decir mejor que Jacob de su amado hijo José ²: Me basta para tener algun consuelo el que mi Hijo viva. Le veo padecer, es verdad: siento sus penas, es así: me traspasan el corazón sus dolores, no hay duda; pero aun puedo sufrir las penas, los dolores y las angustias, porque aquella grande alma de mi Hijo no me ha dejado, no me ha desamparado, aun vive mi Hijo: mi Hijo aun no ha muerto: *Sufficit mihi si adhuc Filius meus vivit*. Pero ¡ay Señora! que llegó ya el tiempo de experimentar vuestra primera soledad: llegó ya el tiempo de quedar sin vuestro Hijo, y de ausentarse de Vos aquella alma que tanto os favorecía. Preparad vuestro purísimo corazón para una pena que no habeis jamás experimentado, ni volveréis á experimentar. Oíd, escuchad á vuestro Hijo, que cubierto todo el

¹ De Lamentat. Jerem. II, 13. — ² Genes. XLV, 28.

cuerpo de una palidez tristísima, y con una voz ya lánguida y desmayada, os habla desde la cruz, y dice: Mujer, ve ahí á tu hijo; y vuelta un poco su dolorida cabeza hácia el discípulo amado, añade: Ve ahí á tu Madre: *Mulier, ecce filius tuus; deinde dicit discipulo, ecce Mater tua*. ¡Oh palabras de Jesús, y qué llenas estais de misterios y amarguras! Parece lo mismo decir: hasta ahora habeis sido mi Madre, y yo vuestro Hijo; hasta ahora he estado en vuestra amable compañía, os he obedecido como á verdadera Madre, y al mismo tiempo era el original de donde vuestro purísimo espíritu copiaba las heroicas virtudes que le adornan. Vos me habeis correspondido con amor de verdadera Madre, y toda habeis sido para mí, y yo para Vos; pero desde este momento os quedais sin mí, desde ahora os quedais sola, y sin mas compañía que mi discípulo Juan: *Ecce filius tuus*. ¿Creeréis vosotros, carísimos oyentes, que traspasada el alma de la afligidísima Virgen con estas palabras, dejaria de formar en su interior estos ó semejantes discursos? Hijo mio, ¿con qué ya me habeis últimamente abandonado? ¿Pensais dar á mi pena algun alivio, sustituyendo en lugar vuestro á Juan vuestro discípulo? ¡Oh qué conmutación para mí de tanta pena y dolor! ¡Una criatura por el Criador! ¡El hijo del Zebedeo por el Hijo del eterno Padre! ¡El discípulo por el Maestro! Ann cuando querais que yo acepte tan triste conmutacion, admitiendo á Juan por hijo mio, y en él á todo el linaje humano, ¿por qué me tratais con tan extraño rigor llamándome mujer, y negándome el dulce nombre de Madre? Pues qué, ¿no sois mi Hijo? ¿No os eríe con amor? ¿No os alimenté con cuidado? ¿No os serví con fidelidad? Padre eterno, ¿quereis tambien Vos castigarme negándome el tratamiento de Hija vuestra, así como mi Hijo y vuestro me niega el título de Madre suya? Espíritu Santo, de quien yo tantas veces he sido llamada Esposa querida, ¿me abandonaréis tambien, dejándome como á una viuda en la amarguísima soledad en que me hallo? ¡Santos Ángeles...! Pero ¡ay! que mi Hijo inclina la cabeza, cierra los ojos, y entrega el espíritu en manos de su eterno Padre: *Inclinato capite, emisit spiritum*. ¿Es posible, diria la triste Madre causando compasion á los peñascos mismos, es posible que ha muerto mi Jesús quedando yo con vida? ¿Es posible que yo viva quedando sola sin el alma de mi amado? ¿Qué haceis, elementos y criaturas todas, viéndome en soledad, y muerto vuestro Criador? ¿Qué se han hecho, hombres, vuestros sentimientos y vuestras lágrimas? Murió vuestro Redentor, vuestro Padre, vuestro Maestro, vuestro Protector y vuestro Hermano; y

¿os quedais mas insensibles que las piedras? ¡Ay de mí! murió mi Hijo, mi amable Jesús ha muerto; pues llore yo que soy su Madre, y quedo sumergida en lo profundo de mi primera soledad.

9. Así podemos considerar que se lamentaria nuestra amabilísima Reina viéndose sola sin el alma de su amado. Y ¿habrá algun cristiano en mi auditorio que pretenda aumentar sus penas volviendo á multiplicar sus culpas, sabiendo que estas son las que han dado la muerte al Hijo, y causan la soledad de su Madre? ¡Ah, hermanos míos! ¡Pluguiera al cielo que esta Cuaresma que vamos finalizando fuera tambien el término de todos nuestros pecados! ¡Oh si la comunión pascual que se acerca renovase en María santísima su alegría al vernos resucitados á la gracia desde la muerte lastimosa de la culpa! ¡Ay! ¡Cómo entonces se mitigarian sus penas! ¡cómo cesarian sus lamentos! ¡cómo tendrian término sus lágrimas! Pero ¡qué temible es que prosiga en su soledad, quedando no solo sin el alma de su Hijo, como lo hemos considerado, sino tambien sin el cuerpo, como vamos á decir ahora!

Segunda parte: María quedó sola sin el cuerpo de su Hijo al quitárselo de los brazos.

10. Para que os forméis desde luego alguna idea de la segunda triste soledad de María santísima cuando tuvo á su Hijo muerto en sus brazos, escuchad con atención este admirable suceso del rey Achis, como nos lo refiere Plutarco. Era aquel príncipe dotado de todas aquellas prendas que pueden desearse en un monarca. La prudencia, la afabilidad, la justicia, la magnanimidad y sobre todo el celo de mejorar las costumbres de sus súbditos, formaban su carácter. Estas virtudes, que debían hacerle amado de sus vasallos, le hicieron tan odioso á los rebeldes y díscolos, que empezando su insubordinación por murmuraciones públicas contra la conducta del Rey, se fueron precipitando hasta romper el freno de la obediencia, y sacrificar á su furor la vida del mas virtuoso príncipe. Apenas llegó la noticia de esta desgracia á su afligidísima madre, salió llena de dolor en busca de su hijo, cuyo cadáver cubierto de heridas y de sangre halló en una de las calles de la ciudad. Abalanzóse á él, le estrechó entre sus brazos, y acomodándole en su amorosísimo regazo, clavaba los ojos en el cielo, y hecha un mar de lágrimas, repetía muchas veces: *Heu me, fili mi! Nimia bonitas tua, nimia mansuetudo, et humanitas, te simul et nos perdidit!* ¡Ay hijo de mis en-

trañas, tu bondad, tu humanidad, tu mansedumbre nos ha perdido á entrambos! Si tú hubieras sido menos bueno, menos amable, no hubiera quedado sola esta tu triste y afligida madre, ni se hallara con el inexplicable dolor de tenerte muerto en sus brazos á la violencia de la ingratitud y de la crueldad de tus vasallos. Tu demasiada bondad, hijo mío, ha sido tu delito, y tu virtuosa conducta ha armado el brazo y afilado los puñales que han destrozado tu cuerpo y traspasado mi corazón.

11. Ya teneis en este caso, carísimos oyentes, alguna semejanza de lo que pasó sobre el Calvario. Mirad, si no lo impiden las lágrimas, como descendiendo de la cruz el difunto cuerpo de Jesús los piadosos caballeros José de Arimatea y Nicodemus, acompañados de san Juan, la Magdalena y las otras Marías, le colocan así denegrido, lleno de sangre, cubierto de heridas y de llagas entre los brazos de su dulcísima Madre. *Quis est homo qui non flet Christi Matrem si videret in tanto supplicio?* ¿Quién será el hombre de tan duras y empedernidas entrañas á quien no conmueva ni entenezca este espectáculo tan doloroso para los Ángeles mismos? ¿Quién podrá dignamente explicar los arroyos de lágrimas que se desprenderían de los virginales ojos de María, los profundos suspiros que arrancaría de su afligido corazón, y los tiernos sentimientos en que prorumpiría? *Heu me, Fili mi! Nimia bonitas tua, nimia mansuetudo, et humanitas, te simul et nos perdidit!* ¡Ay de mí! diría la Virgen. ¡Ay amado Hijo mío, tu mansedumbre, tu beneficencia, tu bondad y caridad sin límites te han conducido á la muerte! ¡Oh ingratos hombres! ¡oh pérfidos hebreos! ¡oh tristes pecadores! Mostrad en qué os ha ofendido mi Hijo amado. Decid, ¿en qué podréis acusarle para justificar vuestra crueldad? ¿En qué os ha ofendido para haberos armado contra Dios y su Cristo? ¿No habeis confesado públicamente vosotros mismos que todo lo ha hecho bien? ¿Serán sus delitos curar á vuestros enfermos, dar vista á vuestros ciegos, lengua á vuestros mudos, oídos á vuestros sordos y vida á vuestros muertos, imprimiendo en todas partes adorables señales de su beneficencia y bondad? Y ¿esta es la retribución que le dais por tantos beneficios? ¿Así pagais tantos favores? ¿Tal es la recompensa á vuestro Padre amorosísimo y á vuestro magnífico Bienhechor? Si hubiera sido un perseguidor cruel de vuestros intereses, un díscolo enemigo de vuestra paz, un defraudador de vuestros derechos y libertades, un asesino de vuestras vidas, ¿podría pretender vuestro resentimiento mayor castigo por sus delitos que el que le habeis dado

por sus virtudes? ¡Oh Padre eterno! mirad á la que por vuestra dignacion llamais amada Hija, miradla en el extremo de la mayor afliccion á que puede reducirse una criatura... Yo no tengo ya espíritu ni corazon para mirar en mis brazos los sangrientos despojos que ha dejado en ellos la crueldad de los judíos. Mirad al Hijo que os pertenece por derecho de eterna generacion, y ved si le conoceis por el vestido: *Vide utrum tunica Filii tui sit, an non*¹. Mirad si tantas llagas y sangre como se ven en este sacrosanto cuerpo son idénticas señales de la túnica hermosa de la humanidad de que yo le vestí en mi seno virginal por vuestra soberana dignacion. Vos, Señor, no podréis dejar de conocerle por vuestra sabiduría infinita; pero á mí las señas me le hacen desconocer, aunque el corazon me lo asegura. ¿Desnudo mi Hijo amado que viste al cielo de estrellas, á la tierra de flores y frutos, á las aves de plumas, á los animales de pieles, y á los peces de escamas? Vos, Hijo mio, érais antes todo hermoso y todo deseable, y ¿ahora vestido de afrentas, cubierto de oprobios, y hecho una llaga desde los piés á la cabeza? ¡Oh Hijo mio! ¡y qué de otra manera te he visto en mis brazos! diria la Virgen dejando caer dos rios de lágrimas de sus ojos, é imprimiendo mil ósculos afectuosos en el rostro y cabeza ensangrentados del Salvador... Allá en Belén te miraba recién nacido de mis entrañas mas hermoso que los cielos, y ahora te miro todo oscurecido y afeado... entonces eran tus dos ojos fuentes de luz, ahora los veo fuentes de sangre... Esta frente clara y serena donde tenia su asiento la majestad, se halla atravesada de penetrantes espinas. Este rostro lleno de gracia, en que reverberaba la Divinidad, en que se miraban como en un purísimo espejo los Ángeles, y en que contemplaban abrasados de amor los Serafines, es ahora como un sol eclipsado y oscurecido entre las negras sombras de la muerte. ¡Es posible, continuaba lamentándose la Virgen, es posible que estas manos tan heridas y sangrientas sean aquellas mismas manos del Omnipotente, de las cuales son hechura los mismos Ángeles y los hombres! ¡Es dable que este costado abierto con una cruel lanza sea el de mi Hijo! Que haya habido valor en los corazones humanos para ejecutar en el deificado cuerpo de Jesucristo tantas crueldades! ¡Ay Hijo mio! Si el amor de mi corazon no me asegurara que sois Vos, podria por las señas desconocerlos. ¿Qué se hizo aquella belleza antigua y siempre nueva? Aquel esplendor, aquella gracia, aquella dulzura de palabras, aquella hermosura que admiraban los cielos y la tierra, y

¹ Genes. xxxvii, 32.

elevadas en éxtasis de gozo nunca podian alabar condignamente las estrellas de la mañana? *Fera pessima devoravit Filium meum*. La horrible y fiera pésima del pecado ha hecho este estrago en mi Hijo inocentísimo, que no pudo por su impecabilidad cometerle, y murió por arruinarle. ¡Oh feliz culpa que mereció tener tal y tan grande Redentor! Así podemos considerar que se lamentaria la Virgen, y abrazándose afectuosísimamente con el venerable cadáver de su amado Hijo, se quedaria muriendo de dolor porque efectivamente no moria.

12. Ahora, pues, pecadores de mi alma, si hay alguno en mi auditorio que no piense en dejar las culpas, sino en repetirlas de nuevo y volver con sus reincidencias á crucificar á Jesucristo, cobre aliento, y lleno de un bárbaro y sacrilego furor, abaláncese á la Virgen, arránquele su Hijo de entre sus brazos, y vuélvale á fijar sobre la cruz. Divida aquellos dos unidos corazones, separe aquellos enlazados brazos, aparte aquellos dos cercanos rostros, y deje sola á la Madre sin el cuerpo de su Hijo; pues si en la cruz quedó sin su alma por nuestro amor, tambien ahora por nosotros quedará sin el cuerpo, por mas abrazado y unido que á sí le tenga. Jóvenes libertinos, que dominados de vuestras pasiones queréis antes negar la ley que mudar el corazon, llegad vosotros los primeros: pues no seréis los últimos en continuar vuestros desórdenes. Llegad, hombres carnales é impuros, y si teneis valor para ofender á la Madre como injuriais al Hijo, arrancadle de sus brazos y volvedle á crucificar. Acompañadlos vosotros, hombres envidiosos y vengativos, que consumiéndos las entrañas al ver la felicidad de vuestros rivales, les vais urdiendo la tela de su ruina fraudulenta y mañosamente, hasta que preparados todos los resortes de vuestra venganza, les deis un golpe mortal, paliando como Caifás vuestra maldad con el especioso pretexto del bien público. Seguidlos vosotros tambien, hombres ambiciosos, que atropellando los mejores derechos de los concurrentes á los empleos, solo tratais de elevar vuestra fortuna á cualquiera costa y fomentar á vuestros parientes, paisanos y recomendados por cualesquiera medios, aunque sean los menos conformes á la equidad, á la justicia, á la razon y á la divina ley. Llegad, soberbios, iracundos y murmuradores, y acompañados de esas infelices pecadoras que á pesar de la natural piedad de su tierno corazon proseguirán en las ofensas del Señor, haced lo que no hicieron los hebreos: ellos, despues de crucificado el Salvador, se bajaron del Calvario,